

personalidad no la hemos de repeler como se rechaza un veneno? Porqué, pues, si la escuela es el *instrumentum regni* por excelencia, no nos hemos de apoderar de ella, para establecer el reinado de Euskaria? Esto, de consuno, dictan, el sentido común y el patriotismo. He dicho.

---

## CUESTIONES BÍBLICAS

### IV

## MAGOS EN BELÈN

### Introducción

La proximidad del solemne día festivo, á que aludo con el epígrafe que encabeza este tratado, me impele á escribir acerca del misterio encerrado en él con criterio imparcial y concienzudo. Mi objeto es separar lo concerniente á la fé de lo que solo es opinable, ó sea, descartar de la Historia Evangélica cuanto se ha sobreañadido por los escritores con el colorido de verdades indubitables y poco menos que divinas. Mi fin no es otro que poner la verdad revelada al abrigo de toda crítica fundada.

Para proceder con mayor claridad y acierto en la materia, antepondré el texto mismo del Evangelio en todas las partes de referencia con sujeción á la célebre Vulgata latina, autorizada como se halla por el Concilio Tridentino y respetada hasta por las iglesias cristianas disidentes.

\*  
\* \*

### El Santo Evangelio

Dícenos así: «Pues cuando hubo nacido Jesús en Bethlehem de Judá en tiempo de Herodes el Rey, hé aquí unos Magos vinieron del

Oriente á Jerusalem diciendo: ¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido? porque vimos su estrella en el Oriente, y venimos á adorarle.—Y el rey Herodes cuando lo oyó, se turbó, y toda Jerusalem con él. Y convocando á todos los príncipes de los sacerdotes, y á los escribas del pueblo, les preguntaba, dónde había de nacer el Cristo.—Y ellos le dijeron: En Bethlehem de Judá; porque así está escrito por el profeta: Y tú, Bethlehem, tierra de Judá, no eres la menor entre las principales de Judá; porque de tí saldrá el caudillo, que gobernará á mi pueblo de Israel.—Entonces Herodes, llamando en secreto á los Magos, se informó de ellos cuidadosamente del tiempo, en que les apareció la estrella. Y encaminándolos á Bethlehem, les dijo: Id, é informaros bien del niño; y cuando le hubiereis hallado, hacédmelo saber, para que yo también vaya á adorarle.—Ellos luego que esto oyeron del rey, se fueron. Y hé aquí que la estrella, que habían visto en el Oriente, iba delante de ellos, hasta que llegando se paró sobre donde estaba el niño. Y cuando vieron la estrella, se regocijaron en gran manera. Y entrando en la casa, hallaron al niño con Maria su madre, y postrándose le adoraron; y abiertos sus tesoros, le ofrecieron dones, oro, incienso y mirra. Y habida respuesta en sueños, que no volviesen á Herodes, se volvieron á su tierra por otro camino.—Después que ellos se fueron, hé aquí un angel del Señor apareció en sueños á José, y le dijo: Levántate, y toma al niño y a su madre, y huye á Egipto, y estate allí hasta que yo te lo diga. Porque ha de acontecer, que Herodes busque al niño para matarle. Levantándose José, tomó al niño y á su madre de noche, y se retiró á Egipto. Y permaneció allí hasta la muerte de Herodes, para que se cumpliese lo que había hablado el Señor por el profeta que dice: De Egipto llamé á mi hijo.—Entonces Herodes, cuando vió, que había sido burlado por los Magos, se irritó mucho. Y enviando hizo matar todos los niños, que había en Bethlehem y en toda su comarca, de dos años y abajo, conforme al tiempo, que había averiguado de los Magos. Entonces fué cumplido lo que se había dicho por Jeremías el profeta que dice: Voz fué oída en Rama, lloró y mucho lamentó: Raquel llorando á sus hijos, y no quiso ser consolada, porque no son.—Y habiendo muerto Herodes, hé aquí el angel del Señor apareció en sueños á José en Egipto diciendo: Levántate, y toma al niño y á su madre, y vete á tierra de Israel; porque muertos son los que querían matar al niño. Levantándose José, tomó al niño y á su madre, y se vino para tierra de Israel. Mas oyendo que Arquelas

reinaba en la Judea en lugar de Herodes, su padre, temió ir allá; y avisado en sueños, se retiró a las tierras de Galilea. Y vino á morar en una ciudad, que se llama Nazareth, para que se cumpliese lo que habían dicho los profetas: *Que será llamado Nazareno*.

Hasta ahí la versión española del capítulo segundo de San Mateo, quien no habla más de los Magos en ninguna parte de su Evangelio; y tampoco los otros tres evangelistas San Marcos, San Lucas y San Juan, ni ninguno de los demás escritores sagrados del Nuevo Testamento dicen nada, absolutamente nada, de lo concerniente á los Magos: por lo que en mi futura disertación, deberé forzosamente concretarme al aducido capítulo, sin perjuicio de alguna pequeña luz que puedan suministrarme los libros divinos del Antiguo Testamento y la Tradición católica.

\*  
\* \* \*

### Comentarios

Véase ahora á continuación cómo comentan y explican los escritores coetáneos en general y los autores ascetas en particular la referida historia de los Magos.

Un compendio histórico de la Religión, que tengo á la vista, preguntando si Dios reveló solamente á los pastores el nacimiento de su Hijo, responde: «Lo reveló también a tres Reyes gentiles, llamados Melchor, Gaspar y Baltasar, cuyos dominios estaban en la Arabia feliz, al Oriente de Judea; y que, por ser muy versados en la Astronomía, se habían adquirido el nombre de Magos ó *Filósofos*».—Atenúa el autor en una nota dicho concepto de Reyes, diciendo: «Eran estos Reyes de los que antiguamente se llamaban *Régulos* ó *Toparcas*, cuyos dominios consistían en una sola ciudad ó provincia».—Declarando luego la manera cómo se lo reveló, dice así: «Haciendo que se les apareciese en el cielo una estrella de suma brillantez, la que conocieron era nueva y sobrenatural; y como, por la cercanía de sus Estados al país de Balaam, no se les podía haber ocultado la tradición de lo que había profetizado, *que cuando se viese semejante fenómeno, nacería en Israrel un Monarca, á quien todo el orbe (sin exceptuar á los mismos Reyes) había de dar obediencia*; juzgaron llegaba ya el tiempo de cumplirse, é inmediatamente, movidos de impulso divino, determinaron ir á buscarle para rendirle homenaje».—Hablan-

do de seguida del camino que tomaron, añade: «Aquel por donde los guiaba la estrella; y como desapareció cuando llegaron á Jerusalem, juzgando que el que buscaban se hallaba en esta gran ciudad, preguntaron por el Rey recién nacido, por la milagrosa estrella que se les había aparecido en el Oriente».—Y la llegada á donde estaba el divino Niño expresa en estos términos: «Saliendo de Jerusalem, tomaron camino de Belén, y entonces volvió á aparecer la estrella, y á guiarlos como antes, hasta que paró sobre el establo donde estaba el santo Niño. Luego que entraron, alumbrados por la luz de la divina gracia, le reconocieron y adoraron, ofreciéndole oro, incienso y mirra; oro, como á Rey; incienso, como á Dios; y mirra como á hombre mortal».

Abundando en las mismas ideas escribe un autor místico: «En el mismo día que nació Jesucristo nuestro Señor en Belén, envió una nueva estrella á los Reyes magos, para que por ella entendiesen que había nacido en Judea el Rey verdadero, Redentor del mundo; y alumbrados de aquella luz é inflamados del divino amor, se alegraron y convocaron para ir á adorar al verdadero Rey de Reyes».—En apoyo de estas afirmaciones cita el autor el susodicho capítulo de San Mateo, y continúa escribiendo: «En llegando los Reyes magos á Belén, se les paró la estrella sobre el portalejo donde Cristo nuestro Señor había nacido, y centelleando y haciéndose lenguas, les decía que allí estaba el que buscaban».—Más adelante añade: «Aunque estos santos Reyes vieron a este pobre Infante aposentado en vil establo, envuelto en pobres pañales, reclinado en un duro pesebre y con tanto desabrigo y desamparo humano; no dudando ser el que allí estaba el verdadero Rey y Señor de cielos y tierra, pusieron luego sus cetros y coronas á los piés del Niño, y postrados en tierra con mucha humildad y reverencia, le adoraron y ofrecieron oro como á Rey, incienso como á Dios y mirra como á hombre».

Un autor predicable bastante generalizado emite, aparte de otras especies análogas, las siguientes: «Deseando (el Salvador) que su nacimiento fuese notorio á todo el universo, crió Dios una estrella de extraordinario resplandor, para que anunciase á las gentes el nacimiento del nuevo Rey de los judíos, según que así estaba profetizado. Entre las muchas personas que vieron esta estrella, solo los Reyes Magos, que eran muy sabios y muy buenos astrónomos, entendieron que aquella estrella era la que profetizaba Balaam, como signo del nacimiento de un Rey de Judea, que había de dominar desde el uno al

otro polo del mundo. Movidos de una inspiración divina y del deseo de gozar de tan soberano bien, resolvieron ir a verle, y puestos en camino, les fué piando la estrella hasta las cercanías de Jerusalem, en que la perdieron de vista, por cuya razón entraron en aquella corte, preguntando por el nuevo Rey que había nacido á los judíos.—Prosigue más adelante diciendo: «Volvieron los Reyes á ponerse en camino, y apenas salieron de Jerusalem, se les apareció otra vez la estrella que les fué guiando hasta el portal de Belén, y entrando en el establo, encontraron al Niño en los brazos de su Madre, á quien adoraron con el más profundo respeto y veneración».—Añade el mismo autor: «¡Oh! qué espectáculo para unos Reyes tan grandes! En vez de encontrar al nuevo Rey en un gran palacio, rodeado de una corte magnífica, en una cama dorada, con colchones de lujo, sábanas de holanda, y vestido de púrpura, encuentran á un niño que por palacio real tiene un establo, por cortesanos á un buey y á un jumento, por cama dorada un pesebre: por colchones la paja y el heno, y envuelto en pobres pañales y sin más comitiva que sus pobres padres, careciendo de los más precisos recursos».

El mismísimo lenguaje que los tres aludidos autores usa la casi totalidad de los escritores católicos contemporáneos, sin dudar siquiera de los conceptos extraevangélicos que emplean. Menos mal que vertieran esas especies á título de opiniones ó creencias piadosas, cuando hubiere razones ó verdaderos fundamentos para ello; pero el triste caso es que las divulgan, sin indicio alguno de verdad á veces, como artículos de fé ó enseñanzas evangélicas. En prueba de lo cual véase cómo se expresa también dicho autor predicable: «Desde que vieron la estrella en Oriente, se persuadieron, *dice el Evangelio*, de que era el signo de un Rey verdaderamente grande, que debía fijar su imperio en toda la Judea. *Hoc signum magni Regis est*.—Ya saben mis lectores que no existe este último texto latino en el Evangelio, y tampoco le hay en ningún otro lugar de la Escritura.—Los otros dos escritores, cuyos párrafos he aducido, se remiten asimismo á pasajes bíblicos para confirmar las ideas que emiten, pero los textos sagrados de referencia, no las prueban, al menos en su plenitud, como tendré ocasión de demostrarlo en los capítulos siguientes, en los que expondré varios conceptos en contraposición á los emitidos por la generalidad de los escritores.

### La Estrella

No cabe dudar de que la estrella vista por los Magos en el Oriente era de mayor tamaño y extraordinario brillo, comparativamente á las demás que lucen en el firmamento celeste, como dicen San Máximo, obispo (*Hom. I de Epiph.*), San León, papa (*Serm. I de Epiph.*), Santo Tomás de Aquino (*Ex tertia parte Summ. Theol., sect. 36, núm. 7*), y todos los Santos Padres y Doctores que han hablado sobre la materia. Asimismo lo proclama la santa Iglesia en la liturgia del Oficio de la Epifanía (Hymno ad Laudes, vers. 2.<sup>o</sup>). Hasta la razón natural misma lo dicta: primero, porque de otro modo no hubieses llamado la atención especial de los Magos; y segundo, porque, á diferencia de las demás estrellas, debió ser visible hasta de día; pues corista del Evangelio, que los Magos, en el trayecto que hicieron de las cercanías de Jerusalén hasta donde se encontraba el divino Niño, fueron guiados por aquella estrella, y no es de suponer que tales personajes y en aquellas circunstancias de la turbación de Herodes y de toda la ciudad viajaran de noche.

Tampoco puede dudarse de que aquella misteriosa estrella fuera nueva y de distinta naturaleza que las del sistema solar, como enseña Santo Tomás en el lugar ya indicado, y también la misma razón natural de consuno con los principios de Astronomía: primero, porque el movimiento de la estrella era diverso y enteramente independiente del de las otras: segundo, porque á no ser así tenía que alterarse el admirable orden sidereal y hecho sentir efectos espantosos, por lo menos en este nuestro planeta, á no que multipliquemos milagros innecesarios, y tercero, porque en el campo científico de la Astronomía y su Historia siempre fué y es desconocida la tal estrella; circunstancia que, en unión de otras, debió inducir á los Magos, inteligentes como eran en el ramo, á reconocerla como extraordinaria ó milagrosa.

Así que la estrella en cuestión, en sentir del angélico Doctor y dictamen de la razón, fué creada, de otro modo que los cuerpos celestes, en el aire, en un punto próximo á la superficie terrestre, moviéndose ella según el beneplácito divino, ó impulso dado por el Señor conforme á sus designios; por lo que á la simple vista parecía mayor y más refulgente que los astros del firmamento.

BLAS PRADERE, *pbro.*

(Se continuará)



# CUESTIONES BÍBLICAS

## IV

### MAGOS EN BELÈN

(CONTINUACIÓN)

#### Profecía

En lo que no estoy de acuerdo con la generalidad de los escritores es en la creencia de haber sido profetizada por Balaam la aparición de la tal estrella. En efecto: la profecía á que aluden es la siguiente: «De Jacob nacerá una estrella, y de Israel se levantará una vara: y herirá á los caudillos de Moab, y destruirá a todos los hijos de Seth. Y será la Idumea su posesión: la herencia de Seir cederá á sus enemigos: mas Israel procederá esforzadamente. De Jacob saldrá el que domine, y destruya las reliquias de la ciudad» (1).—Interpretando la cual dice San Ambrosio *ser Cristo la estrella* (2), y con sobrada razón: primero, porque no se dice en la profecía que había de dejarse ver la estrella en el Oriente, sino que nacería de Jacob ó su descendencia: segundo, porque la misma profecía, aclarando el sentido en la forma oriental ó con repeticiones sinónimas, añade que *de Israel* ó pueblo hebreo *se levantaría una vara*, que *de Jacob* ó su estirpe *saldría el dominador*; es decir, que los vocablos *estrella*, *vara* y *domina-*

(1) Núm. cap. XXIV

(2) Lib. II in. Luc. cap. II.

*dor* vienen á expresar una misma cosa en el caso presente: tercero, porque así como sería un absurdo tomar en sentido material la palabra *vara* de la precitada locución profética, la misma razón asiste para no entender materialmente el vocablo *estrella*, debiendo en consecuencia interpretarse los dos términos en sentido místico y moral: cuarto porque á tomarse la palabra *estrella* en su acepción natural ó material, resultaría que ella había aparecido primero en la Judea, y que de este último país se había dirigido á la región de los Magos, lo cual no es cierto, puesto que Herodes y los jerosolimitanos no tuvieron noticia alguna de la aparición de la tal estrella material hasta que lo oyeron de boca de los Magos, según se desprende clarísimamente del contexto evangélico y consideraciones que se harán en esta serie de artículos: quinto, porque á haber sido anunciada la estrella en el sentido material de la palabra, como pretenden muchísimos escritores, la profecía no hubiese dicho *de Jacob nacerá*, sino *aparacerá en el cielo*, ó *se verá*, ú otro término semejante; y sexto porque á interpretarse las palabras proféticas como quisieran los antagonistas, es indudable que alguno de los evangelistas, especialmente San Mateo, hubiera hecho mérito de ella por la importancia que entrañaba. Digo *especialmente San Mateo*, porque tenía oportunidad para ello al hablar de la estrella vista por los Magos, así en el Oriente como en el trayecto de Jerusalén ó sus cercanías á donde estaba el divino Infante; y porque este Santo escribió su Evangelio expresamente para probar á los judíos ser Jesús el Mesías prometido, por lo que acostumbra confirmar los hechos que relata con las profecías correspondientes, como se vé en el capítulo mismo arriba estampado, en el que menciona cuatro profecías en cumplimiento. ¿Y solamente al hablar de la estrella aparecida á los Magos había de dejar de aducir en dicho capítulo la correspondiente profecía? Es que esta no existía en el sentido controvertido por mí y por eso el Evangelista no la vió.

Además: una de las reglas de la Hermeneútica es que, cuando un texto sea dudoso ó ambiguo, se aclare y explique confrontándolo con otros equivalentes. Ahora bien: existe estotra predicción de Isaías: «Saldrá una vara de la raíz de Jessé, y de su raíz subirá una flor. Y reposará sobre él el espíritu del Señor» (Cap. XI). Palabras que los antiguos intérpretes, ó sea los judíos, aplicaban todas á la persona del Mesías; y que los cristianos, con San Jerónimo á la cabeza, las aplican á la Madre de Dios y su hijo, respectivamente, á los hombres de vara



y flor (1). También la Iglesia en su liturgia las tiene adoptadas en este último sentido (2).—Luego del mismo modo en el presente caso los vocablos *estrella* y *vara* deberán refundirse en la persona misma de Cristo, como en efecto lo hicieron muchos rabinos (3); ó cuando más en la estrella estará figurada María, y en la vara el fruto benditísimo de ella, Jesucristo nuestro Señor. Resulta, pues, que siempre las voces *estrella* y *vara* de la profecía en cuestión deben tomarse en sentido místico y moral y no en el natural.

Corroboran mi discurso la profecía del santo anciano Simeón, que dice por Jesús ser *la lumbre para ser revelada á los gentiles, y para gloria del pueblo Israel* (Luc. cap. II, v. 32); el evangelio de San Juan que al Salvador llama asimismo *la luz verdadera, que alumbrá á todo hombre que viene al mundo* (Cap. I, v. 9); el Apocalipsis del mismo Santo, en que se dice por Jesús ser *la estrella resplandeciente y de la mañana* (Cap. XXII, v. 16); y otros pasajes bíblicos que omito por brevedad. Finalmente: la santa Iglesia de consuno con las Escrituras, aclarando que deba entenderse por *estrella de Jacob*, dice así: «Brotó la raíz de Jessé: nació la estrella de Jacob; la Virgen ha dado á luz al Salvador» (4). Donde se vé que *María es la raíz de Jessé de la que nació el Salvador del mundo* ó la estrella de Jacob. Lo que confirma añadiendo en otros lugares de la liturgia: «Saldrá como sol el Salvador del mundo, y bajará al seno de la Virgen... Hoy ha bajado una luz grande á las tierras... Ya reverbera una nueva estrella... Hé aquí que el cordero es enviado á nosotros...» (5). No cabe pues dudar de que con el vocablo *estrella* de la precitada profecía debe entenderse el Salvador del mundo. Conste en consecuencia que las palabras de Balaam no anuncian la aparición de la estrella material en el Oriente.

Si los Magos se pusieron en movimiento á vista de ella, no fué porque estuviese anunciada, sino porque, ó fueron inspirados por el Espíritu Santo, primicias como eran de la gentilidad que había de creer en Jesucristo, según opina Santo Tomás (6); ó tenían noticia del

(1) Lib. IV in cap. XI Isaiaë.

(2) *In Off. novis. Imm. Concep. antiph. ad Magn. 2 vesp.*

(3) Jans. in *Herm. Sac.* t. I, Argum. lib. Núm. 85.

(4) *Antiph. 4.<sup>a</sup> ad Laud. Oct. Nativ.*

(5) *Vig. Nat. antiph. ad Laud.—Oct Nativ. 2.<sup>o</sup> Resp.<sup>o</sup>—Hym. ad Laud. in Dom. 1.<sup>a</sup> Ado.*

(6) En el lugar susodicho.

oráculo profético de Balaam, por ser sus paisanos descendientes y reconocieron en aquella estrella material la mística vaticinada, pues constábase de la Astrología lo extraordinario de aquella luz; ó finalmente, ambos móviles concurren á aquel efecto, el impulso sobrenatural ó la divina gracia y el conocimiento que tuvieron, así de la profecía en cuestión como de las circunstancias particulares de la aparecida estrella, lo cual parece lo más probable.

\*  
\* \* \*

### Objeciones

*Primera.*—La célebre profecía de Balaam habla distinta y simultáneamente de la estrella de Jacob y de la vara de Israel: luego según ella debían aparecer en el mundo á la vez Cristo y la estrella mensajera.

*Contestación.*—Niego dicha consecuencia; porque era estilo oriental y hebreo emplear en una cláusula frases sinónimas para expresar un solo y mismo pensamiento, como podría yo demostrarlo con innumerables textos de las divinas escrituras. Sírvannos de ejemplo las siguientes frases proféticas de Isaías, que con toda evidencia se refieren á solo el Mesías y su reinado eterno. aunque concebidas en distintos términos duplicativos: «Ha nacido un Chiquito para nosotros, y un Hijo se ha dado á nosotros, y el principado ha sido puesto sobre su hombro; y será llamado su nombre Admirable, Consejero, Dios, Fuerte, Padre del siglo venidero, Príncipe de Paz. Se extenderá su imperio, y la paz no tendrá fin: se sentará sobre el solio de David. y sobre su reino: para afianzarlo, y consolidarlo en juicio y en justicia, desde ahora y para siempre: el zelo del Señor de los ejércitos hará esto» (Cap. IX, vs 6 y 7.)—Donde se vé que se emplean las duplicaciones de *Chiquito* é *Hijo del solio de David y de su reino*, y otras; y sin embargo no expresan sino un solo individuo y un solo trono.—Y que tambien en el caso presente de la cuestión los vocablos *estrella* y *vara* deban referirse a solo Jesucristo se patentiza con estas razones: 1.<sup>a</sup> Ellas arrancan de un mismo y único principio, de Jacob é Israel, que son sinónimos. como es sabido; luego las palabras estrella y vara expresan idéntico efecto, ó á solo el Mesías.—2.<sup>a</sup> La profecía sigue hablando indistintamente de Israel y de Jacob, y atribuyendo siempre á uno solo las consecuencias que en ella se especifican; luego también las voces de estre-

lla y vara se dirigen á solo Cristo venidero:—Ultimamente: cuanto llevo expuesto en el cuerpo de la argumentación prueba con cruces la misma conclusión.

*Segunda.*—San Jerónimo dice categóricamente en sus Comentarios á dicho capítulo de San Mateo haber sido vaticinada la estrella aparecida en el Oriente, siendo causa esa aparición, con la tradición que allí había de la profecía de Balaam, de que los Magos emprendieran el viaje á Jerusalém; luego la estrella fué efectivamente anunciada por Balaam, la estrella material se entiende.

*Respuesta.*—Se lee en uno de los escritos atribuidos al Santo la especie mencionada, *concedo.*—De hecho la estampó en sus obras, *pase* también por verdad: mas en todo caso *niego* la consecuencia.—En efecto: en el mismo lugar donde el Santo vierte dichas ideas, remite al lector al libro divino donde se contiene la profecía en cuestión; es así que ella no contiene lo que el gran Doctor afirma; luego ó el Santo se equivocó ó confundióse, salva la debida reverencia; ó se le deslizó alguna inexactitud en las palabras; ó tal vez alguna mano extraña con inocente ó mala intención intercaló en su libro la especie en cuestión.

Para tales juicios míos fúndome: Primero. En que Dios permite á veces que los Santos se equivoquen y aun caigan en errores, como que la infalibilidad no concedió sino á la Iglesia y á su cabeza. Segundo. En que el Santo encarga al lector que vea la profecía misma, lo que quizás revela su temor de emitir alguna inexactitud. Tercero. En que no es tan raro que lo, escritores, los asiduos, sobre todo, como era San Jerónimo, padezcan deficiencias por la precipitación en escribir y otras causas. Cuarto. En que la primera de las dos susodichas profecías de Isaías, similar á la de Balaam, tomó el Santo en el sentido obvio, lo que es de presumir hiciera también si tuvo á la vista el vaticinio en cuestión. Quinto. En que repetidas veces se han lamentado los escritores, incluso los Santos, de habérseles atribuido teorías ajenas á ellos, ó falsificado sus escritos con faltas ó errores de que nunca adolecieron. Sexto y último. No pocos son los que han creído y aun hoy día creen que por favorecer á la Religión es lícito inventar especies exageradas de que están atestados muchos libros por manos atrevidas y sacrílegas. ¡Como si la mentira pudiera tener nunca derecho alguno bajo ningún concepto!—En conclusión: sea como quiera: provenga de donde proviniera la especie en cuestión atribuida al Santo, no pasa de

ser una opinión particular, la que no debe prevalecer contra el sentido obvio de la Escritura.

*Tercera.*—Los Magos en Jerusalén dijeron que *por haber visto* en el Oriente *la estrella* del recién nacido rey de los judíos venían á adorarle. En consecuencia: ó estaba anunciada la tal estrella, ó de lo contrario se expresaron impropriamente ó de un modo ininteligible al pueblo hebreo.

*Solución.*—A haber estado los israelitas en la persuasión de que en efecto había de aparecer en el cielo una estrella en el nacimiento de Cristo, se les expresaban los Magos muy naturalmente, pues con aquellas palabras hubiesen aludido á la profecía; pero como el pueblo de Dios, depositario de la Revelación sobrenatural é intérprete de las sagradas Letras, nunca lió en las frases proféticas en cuestión otra estrella que la mística, ó sea la persona misma de Cristo, por ser ese y no otro el sentido espontáneo de ellas, como tengo probado; mal podían los Magos gentiles interpretarlas con más acierto que los encargados de Dios; y por ende no aludían á la profecía, en la acepción que vengo rebatiendo, al afirmar que, *pues habían visto en el Oriente la estrella del recién nacido Rey de los judíos, venían á adorarle.*—Forzoso es pues convenir en que hablaron de aquella suerte porque fueron iluminados ó movidos por Dios para deducir de la estrella material el nacimiento de la mística vaticinada por Balaam. Así que en este supuesto las palabras proferidas por los Magos tienen este sentido: *¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido? porque vimos en el Oriente una estrella mensajera suya, que Dios nos la envió para notificarnos tan feliz acontecimiento y venimos á adorarle.*

Deberíamos decir sino que los Magos imbuidos en las supersticiosas ideas de la Astrología judiciaria, al uso de aquéllos tiempos, y previo el conocimiento que indudablemente tenían del célebre oráculo de Balaam, pudieron deducir el hecho del nacimiento del gran Rey, y exclamar por ende en términos evangélicos: «¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido? por que vimos su estrella en el Oriente, y venimos á adorarle.»—¿Quién no sabe en efecto que entre los astrólogos de la antigüedad gentilica era bastante general la creencia de aplicar a cada nacido su estrella correspondiente, por la influencia que ésta ejercía sobre el nacido (á juicio de ellos), por cierta conexión que entrambos mediaba, y otras incoherencias á ese tenor? El hecho es que se trata de Magos ó astrólogos gentiles, y que la locución empleada por

ellos tiene también un sabor de tales; como que el Santo evangelista narra en tono muy natural y sin salvedad alguna; «Hé aquí unos Magos vinieron del Oriente á Jerusalem diciendo: ¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido? porque vimos *su estrella* en el Oriente. y venimos á adorarle.»

*Cuarta.*—Los Magos eran Santos, según reza la Iglesia; luego mal podían ser movidos por espíritu de Magia en su viaje á Belén.

*Réplica.*—Los Magos son conceptuados Santos después de su visita al Salvador y virtudes que practicaría en el tiempo restante de la vida, *pase*. Eran ya Santos desde la aparición de la estrella, ó desde el principio de su viaje, *niego*.—Consta del Evangelio con repetición que eran Magos, y se sabe que la Magia era un ejercicio nada santo. Aun concedido que, según dice San Jerónimo, los orientales llaman Magos á los filósofos dedicados al estudio de las ciencias naturales, especialmente de la Astronomía (1); eran empero gentiles ó idólatras, y por ende nada Santos. Suponiendo todavía que fueran inspirados por Dios para emprender al viaje en busca de Jesús, que es muy probable por lo que llevo dicho, esa circunstancia no revelaría la santidad de ellos, porque sabe Dios inspirar y conferir otras gracias sobrenaturales á los pecadores, como podría yo probarlo con el caso de Balaam que tuvo revelaciones divinas en un estado nada santo (2), y otros.—Es si verosímil que en la adoración hecha a divino Infante y mediación de María fueran remunerados por el Señor de la Fè, Esperanza y Caridad en premio de los dones que ofrecieron; y que en lo sucesivo llevaran una vida distinta de antes: figurada en el diverso camino que llevaron á su país, de aquel que habían tiado.—La Iglesia nada define en el asunto concretándose á celebrar la solemnidad del día bajo el título de Epifanía, esto es, manifestación del Salvador hecha á los gentiles, sin mención especial de ellos, y menos como Santos.—En consecuencia; que podían los Magos haber buscado á Jesús por consideraciones meramente humanas y como á Rey temporal solamente, como que preguntaban *por el rey recién nacido de los judíos*; y haber alcanzado después, en premio de su buena voluntad para con el divino Niño, la santidad perseverante hasta la muerte.

*Quinta.*—La Iglesia en tono de aprobación pone en boca de los

(1) *Comm. in Daniel.*

(2) *Num. cap. XXII y XXIV.*

Magos estas palabras: «Esto (la estrella) es señal de un gran rey, vayamos, busquémosle, y ofrezcámosle regalos, oro, incienso y mirra».— Es así que no tienen explicación esas palabras sin que tuvieran noticia de la profecía.—Luego ésta existía.

*Respuesta.*—La tal locución puesta por la santa Iglesia en boca de las Magos no se explica sin que tuvieran algún collocimiento del oráculo profético de Balaam, *convengo en ello.*—No se explica sin que tuvieran noticia de la futura aparición de la estrella material, *niego*; y también la consecuencia *niego*.

En efecto: es verosímil que tuvieran conocimiento del futuro rey que había de nacer en Judea bajo los símbolos de *estrella de Jacob* y *vara de Israel*, merced á la profecía hecha por Balaam en aquellos lugares ó sus cercanías, y conservada por tradición oral y escrita; pues así se desprende de la pregunta que hacían en Jerusalén: *¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido?* Pues ¿de donde sabían sinó que el recién nacido era rey de Judea, y no de otra parte? ¿Por qué al salir de su país en busca del objeto deseado tomaron el rumbo hacia la capital de Judea, residencia de reyes, y no en dirección á otra región ó ciudad? Debieron pues tener noticia del vaticinio balaamita; y unida ella á tan singular y prodigiosa estrella vista en el espacio, precisamente en un tiempo en que era universal la expectación de un Reparador del género humano; y dada por otra parte cierta relación que media entre dicha estrella y la mística ó vaticinada, fácilmente pudieron los Magos venir en conocimiento de haberse verificado la profecía, y decir consiguientemente: *Esa estrella es señal del gran Rey.*—Más probable es sin embargo que los Magos fueran impulsados por Dios á aquel efecto, como enseña el Doctor angélico, en prueba de que los beneficios de la venida del Mesías habían de extenderse también al pueblo gentil, de que formaban parte los Magos.

BLAS PRADERE, *pbro.*

(Se continuará)



# CUESTIONES BÍBLICAS

## IV

### MAGOS EN BELÉN

(CONTINUACIÓN)

#### Guía

Tampoco estoy conforme con la afirmación de que los Magos llegaron á Jerusalén ó sus inmediaciones, guiados por la misma estrella, no obstante que la sostienen hasta los autores serios, como Billuart. Para disentir de la tal creencia me fundo en las reflexiones siguientes:

*Primera.*—Algunos partidarios de esa teoría suponen á los Magos del todo ignorantes acerca de la profecía referida, y no conociendo por ende al rey que debían adorar ni el lugar á donde deberían dirigirse, era de necesidad que la estrella misma los condujera á la estación del recién nacido, y en efecto los condujo.—A ser cierta la base ó suposición de estos, el raciocinio era muy verdadero, porque el Señor no falta en lo necesario. Pero como por razones anteriormente expuestas, y las que todavía se expondrán, no se puede negar que tuvieran los Magos alguna noción del vaticinio de Balaam, pues fué hecho para los gentiles y en medio de ellos; luego la argumentación de los defensores de la tal afirmación cae por su base.

Otros dicen que los Magos en efecto tenían conocimiento de la profecía, y por consiguiente del país donde debería nacer el gran Rey, y que no obstante los condujo la estrella hasta la entrada casi de Jerusalén por convenirles mucho la dirección. Esta afirmación empero es gratuita é infundada: *gratuita*, porque la Biblia no la consigna con ser el caso, si existiera, digno de mencionarse; y más, cuando San Mateo, cuya es la historia de los Magos, trae en ella detalles al parecer menos

importantes: *infundada*, porque, sobre no expresarse en el Evangelio, no deben suponerse ó multiplicarse milagros allí donde no hay datos ni motivos forzosos para eso, por aquello de que Dios, en términos generales, no abunda en lo innecesario ó supérfluo. Y la prueba de esta me la suministran los mismos antagonistas al admitir, como admiten, que la estrella no acompañó á los Magos en su regreso al país: primero, porque no lo dice el Evangelio; y segundo, porque les era conocido el término de la peregrinación, y por tanto por solas las fuerzas naturales, sin concurso sobrenatural, podían muy bien llegar á él.

Ahora bien: tanta ó más razón me asiste á mí para negarles la estrella en la caminata á Jerusalén; pues además de no constar en la Biblia ese dato, les era muy conocido el país de Judea, la tierra de Jacob ó Israel, de que habla la profecía, como que Jerusalén con el pueblo hebreo era de fama universal, por su magnífico templo, su religión y su historia; tanto que hubo tiempo en que la misma región de los Magos estuvo sujeta á Israel ó fué su tributaria, en opinión muy probable, según se dirá más adelante. Es pues indudable que la Judea era conocidísima de los Magos para poder encaminarse allá por modo sobrenatural, sin auxilio sobrenatural de la estrella. Más todavía: menos necesaria era la presencia de la estrella en el camino á Jerusalén que al regreso de Belén á su país, por la sencilla razón de que las vías á la capital de Judea eran más transitadas que aquella otra que, por indicación del Cielo, tuvieron que seguir para su patria.

Segunda reflexión que corrobora la anterior.

El evangelista tiene buen cuidado de hacernos constar que á la salida de los Magos de Jerusalén íbales delante la estrella que *habían visto en Oriente*; y hace constar sin duda como circunstancia especial y digna de mención. Pero tanta ó mayor razón había para que nos hubiese notificado también el acompañamiento de la estrella desde el Oriente á Jerusalén, porque el milagro en cierto modo era mayor, por ser mucho más largo ese viaje que el que restaba á Belén; y sin embargo no se nos lo estampó en el Evangelio. Prueba es de que no hubo tal cosa.

Añádase á eso el otro detalle que expresa el Evangelio, y es que, cuando se dejó ver la estrella al salir los Magos de Jerusalén, sintieron ellos un gran contento: lo que revela que, ó no estaban acostumbrados á ese beneficio, porque antes no lo tuvieron, ó que no esperaban



tal merced, pero debían haberla esperado, si la habían disfrutado en todo el viaje precedente.

Así que la mejor prueba justificativa de mi negación es la novedad y cierto asombro con que el Santo evangelista refiere la aparición de la estrella á la salida de Jerusalén, pues dice: «Y hé aquí la estrella que habían visto en el Oriente, iba delante de ellos, hasta que llegando se paró sobre donde estaba el Niño. Y cuando vieron la estrella, se regocijaron en gran manera.»—Además: si la estrella acompañó á los Magos desde el Oriente á Judea, en la locución evangélica hay impropiedades. En efecto: ¿porqué, en vez de decir la estrella que *habían visto en Oriente*, no dice la estrella que *los había guiado*? ¿No era esto maravilla mayor? ¿Porqué no expresa el caso singularísimo de la ocultación de la estrella al llegar ó aproximarse á Jerusalem, cuando esto redundaría en mayor desdoro de la perversa Capital? ¿Porqué al hablar de la aparición de la estrella al salir los Magos de Jerusalén no dice con más propiedad, *iba nuevamente* delante de ellos: *volvió á ponerse* delante de ellos, *reapareció*, ú otros términos semejantes?

La razón teológica también está del lado del Evangelio. En efecto: el término del viaje á Jerusalén era muy patente á los Magos, según llevo dicho; luego no era necesario el milagroso acompañamiento de la estrella. Pero el paradero del Niño divino no les era conocido, ignoraban por completo la casa ó vivienda donde moraba: así que era muy regular y conducente que la estrella los guiara á donde se hallaba, circunstancia que con especial cuidado consigna el santo Evangelio.

Otra de las razones que apoyan mi parte negativa en cuestión es la siguiente: los Magos á su entrada en Jerusalén decían: «¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido? porque vimos su estrella en el Oriente, y venimos á adorarle.»—De que infiero que también los Magos hablaban incorrectamente si la estrella los acompañó hasta las cercanías de aquella ciudad; pues dejaban de expresar uno de los accidentes más admirables del viaje; accidente que aumentaba la gloria del Niño recién nacido; como también revelaban cierta ingratitud para con Dios con la omisión de un beneficio tan grande y consolador. Lo más natural era que exclamaran: *¿Dónde está el Rey recién nacido en Judea? su estrella, mensajera de tan feliz suceso, nos ha acompañado desde nuestro país oriental hasta muy cerca de esta ciudad. Aquí se nos ha desaparecido, por lo que hemos juzgado estará entre vosotros. ¿Dónde se halla pues Venimos á prestarle nuestro*

*homenaje*.—Tal era, ó análogo, el lenguaje que hubiesen empleado los Magos á haber venido hasta la proximidad de Jerusalén guiados de la milagrosa estrella; y si emplearon otro fué porque caminaron sin tal guía, como se desprende de la lectura imparcial y despreocupada del contexto evangélico, particularmente de esta locución: *porque vimos su estrella en el Oriente, venimos á adorarle*. Y de estotra: *Hé aquí que la estrella, que habían visto en el Oriente, iba delante de ellos, hasta que llegando se paró sobre donde estaba el niño: Y cuando vieron la estrella, se regocijaron en gran manera*. ¿Porqué al repetir que *habían visto en el Oriente* la estrella, no añade que ésta *iba delante* de los Magos en el trayecto hacia la Judea ó Jerusalén, como lo dice con respecto á la caminata á Belén después de la aparición de la estrella á la salida de dicha ciudad?

Una nueva razón teológica confirma mis juicios. Efectivamente: el fin de la aparición de la estrella en el Oriente era manifestar y publicar á la gentilidad el nacimiento temporal del Hijo de Dios, según enseñan los Santos Padres y Doctores y lo inserta la Iglesia en su liturgia: luego era más regular y más conducente á ese fin que continuara la estrella en aquéllos parajes publicando la dichosísima nueva, que nó venir á Judea acompañando á los primeros gentiles que salieron de su tierra en busca del recién nacido. Permaneciendo la estrella estacionaria á la vista del pueblo pagano, ó recorriendo los países hasta donde podía haber llegado el vaticinio de Balaam ¿no era posible que á más de los primeros viajeros hubiera también otros que se dirigieran á la Palestina? Y aunque no los hubiera ¿no se llenaba empero mejor el fin de aquélla aparición de la estrella?

Se compagina perfectamente este mi raciocinio con la presentación de la misma estrella á la salida de los Magos de Jerusalén, por dos consideraciones: primera, era en cierto modo necesaria dicha estrella para el hallazgo del santo Niño en Belén, debido á la oscuridad de su nacimiento, porque de otra manera nadie en las calles de Belén les hubiera dado razón á los Magos del Parvulito divino que buscaban, pues lo menos que se figuraban los belenitas era que un niño tan humilde y pobre fuera Rey de Judea. A haberle reconocido por tal los belenitas, ya se lo hubieran manifestado á Herodes, ó excusádose muy bien, antes que permitir tan cruel mortandad de niños inocentes. El mismo Herodes insinuó á los Magos cierta dificultad de encontrar al Niño, pues les dijo: *Id, é informaos bien del niño; y cuando le*

*hubiereis hallado, hacédmelo saber, para que yo también vaya á adorarle*». Y el tiempo relativamente largo que debió esperarlos supone asimismo alguna dificultad en el encuentro del suspirado Párvulo. Era por tanto necesaria la dirección de la estrella para Belén.—Segunda. Desde la aparición de la estrella en Oriente hasta la llegada de los Magos á Jerusalén y salida de ellos de esta ciudad había transcurrido tiempo más que suficiente, como luego diré, para quedar plenamente justificado el fin que tuvo aquella aparición: luego es verdadera dicha conciliación.

¿Se quiere más? Pues hasta la razón natural misma dicta otra vez lo que vengo sosteniendo. En efecto: si la estrella precedió á los Magos fué ciertamente para conducirlos a Jesús; pero este no se encontraba en Jerusalén; luego mal podía la estrella acompañarlos á dicha ciudad. Si los hubiese guiado desde el Oriente, los hubiera conducido directamente y por caminos más seguros á donde se hallaba el Niño, como es propio de buenos guías; y no á la capital de Judea, donde no se encontraba el objeto buscado, y lugar, por otra parte, peligrosísimo para cuantos preguntasen por otro rey que Herodes. Tampoco los hubiese engañado, como los engañó en el supuesto de mis contrincantes; pues la ocultación en las inmediaciones de Jerusalén equivalía á decirles que estaba allí el Rey que buscaban, exponiéndolos de esa suerte á fatales consecuencias personales. De ahí que entraran en la metrópoli con plena confianza de encontrar allí al que buscaban, como que preguntaron en tono seguro é indubitable: *¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido?*

Fué sin género de duda disposición de la divina Providencia que no los acompañara la estrella desde el Oriente á Jerusalén, porque á haber sido así los hubiese dirigido sin pasar por aquella ciudad, y de esa manera no se hubiese apercibido Jerusalén del nacimiento de Cristo; pero porque no fueron guiados por la luz mensajera se dirigieron por sí mismos á la capital de Judea, como la cosa más natural, pues era la residencia de los reyes, habiendo Dios deparado de esa suerte á los judíos ocasión de declarar ellos mismos el lugar del nacimiento del Mesías, y de reconocerle como tal, si hubiesen querido ó sido más fieles á la gracia.

BLAS PRADERE, *pbro.*

(Se continuará)

